

nos quedamos sin mermelada

Textos de José Manuel Córdoba
Ilustraciones de Laura Súa



La edición de este cuento se enmarca en el proyecto LIFE+ Urogallo cantábrico, coordinado por la Fundación Biodiversidad y cofinanciado al 50% por la Unión Europea a través de los fondos LIFE+, contando como socios con las Comunidades Autónomas de Galicia, Cantabria, Principado de Asturias y Castilla y León, esta última a través de la Fundación Patrimonio Natural de Castilla y León; el Consorcio Interautonómico para la gestión coordinada del Parque Nacional de los Picos de Europa; SEO/BirdLife y con la financiación del Organismo Autónomo Parques Nacionales y la Fundación Iberdrola.

© Textos: José Manuel Córdoba
© Ilustraciones: Laura Súa (dibujo); José Manuel Córdoba (color)
© 2012 de la presente Edición: SEO/BirdLife.

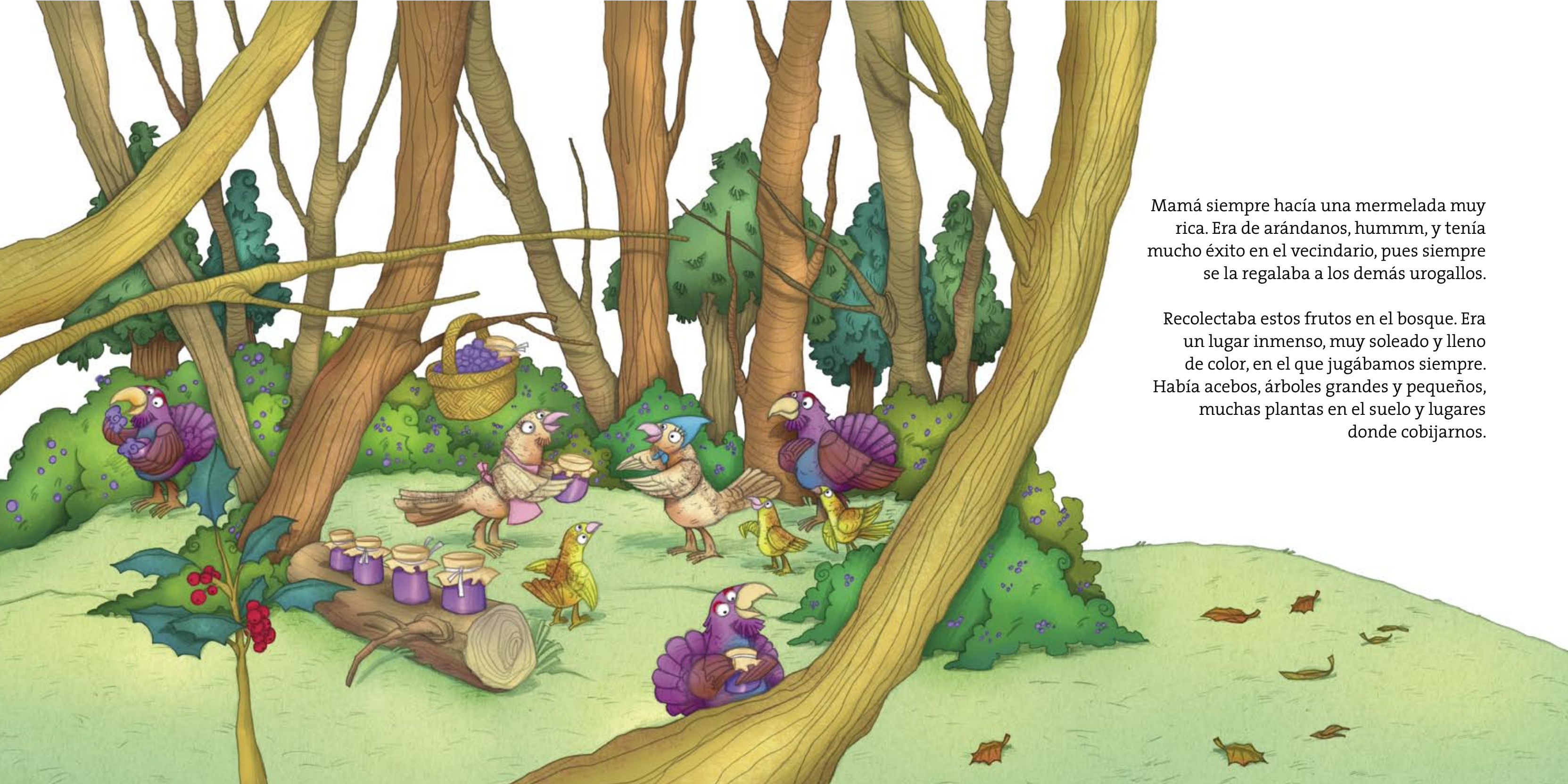
Edita: Cantabria Tradicional S.L.

Depósito Legal: SA-265-2012



nos quedamos sin mermelada

Textos de José Manuel Córdoba
Ilustraciones de Laura Súa



Mamá siempre hacía una mermelada muy rica. Era de arándanos, hummm, y tenía mucho éxito en el vecindario, pues siempre se la regalaba a los demás urogallos.

Recolectaba estos frutos en el bosque. Era un lugar inmenso, muy soleado y lleno de color, en el que jugábamos siempre. Había acebos, árboles grandes y pequeños, muchas plantas en el suelo y lugares donde cobijarnos.



Los urogallos de la cordillera Cantábrica vivimos en bosques de haya, roble abedul y pino, y nos alimentamos de hojas, frutos y otros vegetales y plantas, aunque lo que más nos gusta son los arándanos.



En nuestras primeras semanas de vida comemos muchas hormigas y otros insectos, que nos aportan gran energía y son muy nutritivos; así podemos hacernos grandes rápidamente para poder sobrevivir en el bosque.



En invierno, al caerse las hojas de la mayor parte de los árboles, necesitamos mucha tranquilidad para gastar poca energía, pues casi no tenemos alimento y además, al caer la nieve, es muy difícil comer las plantas del suelo.

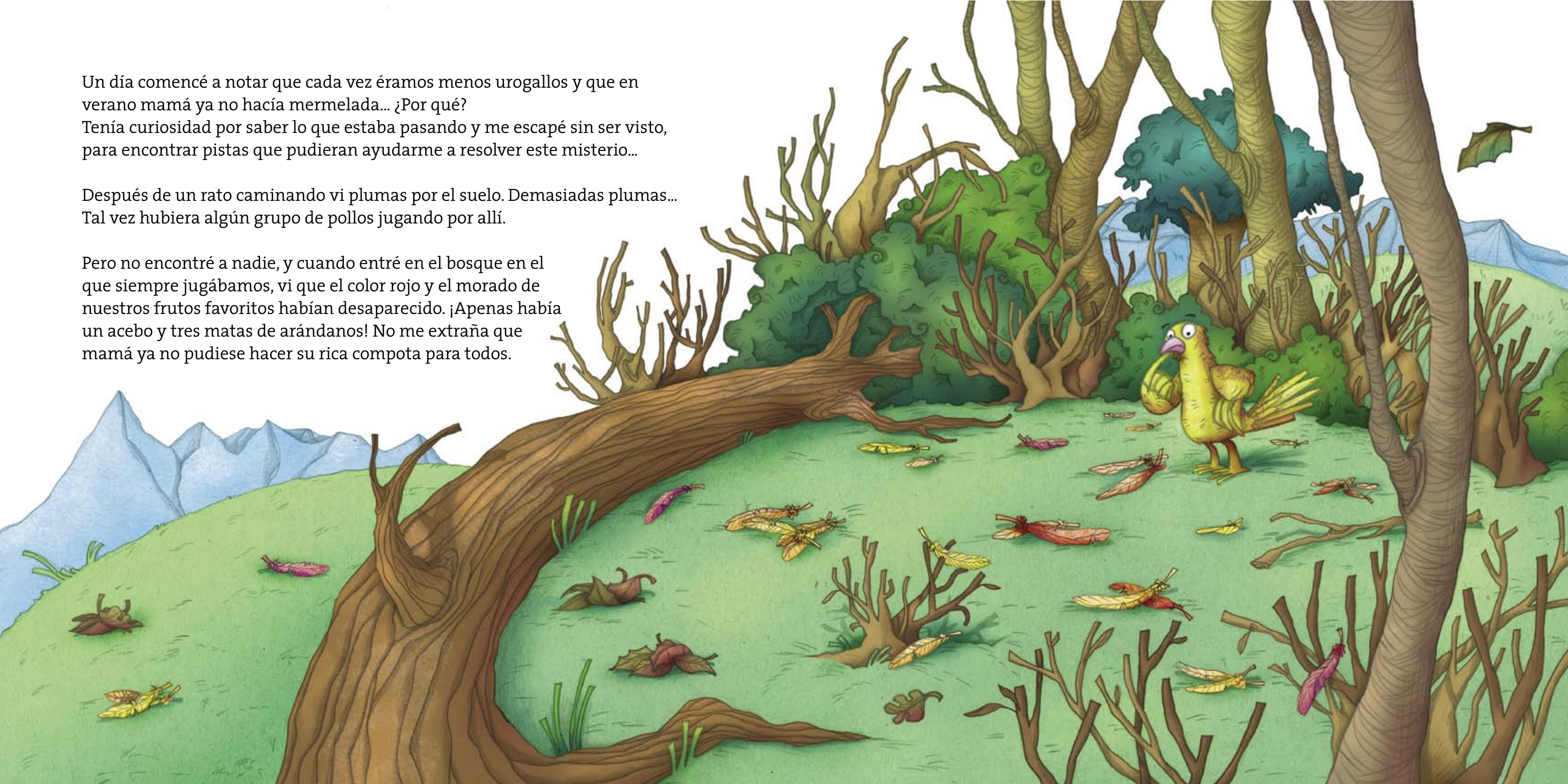


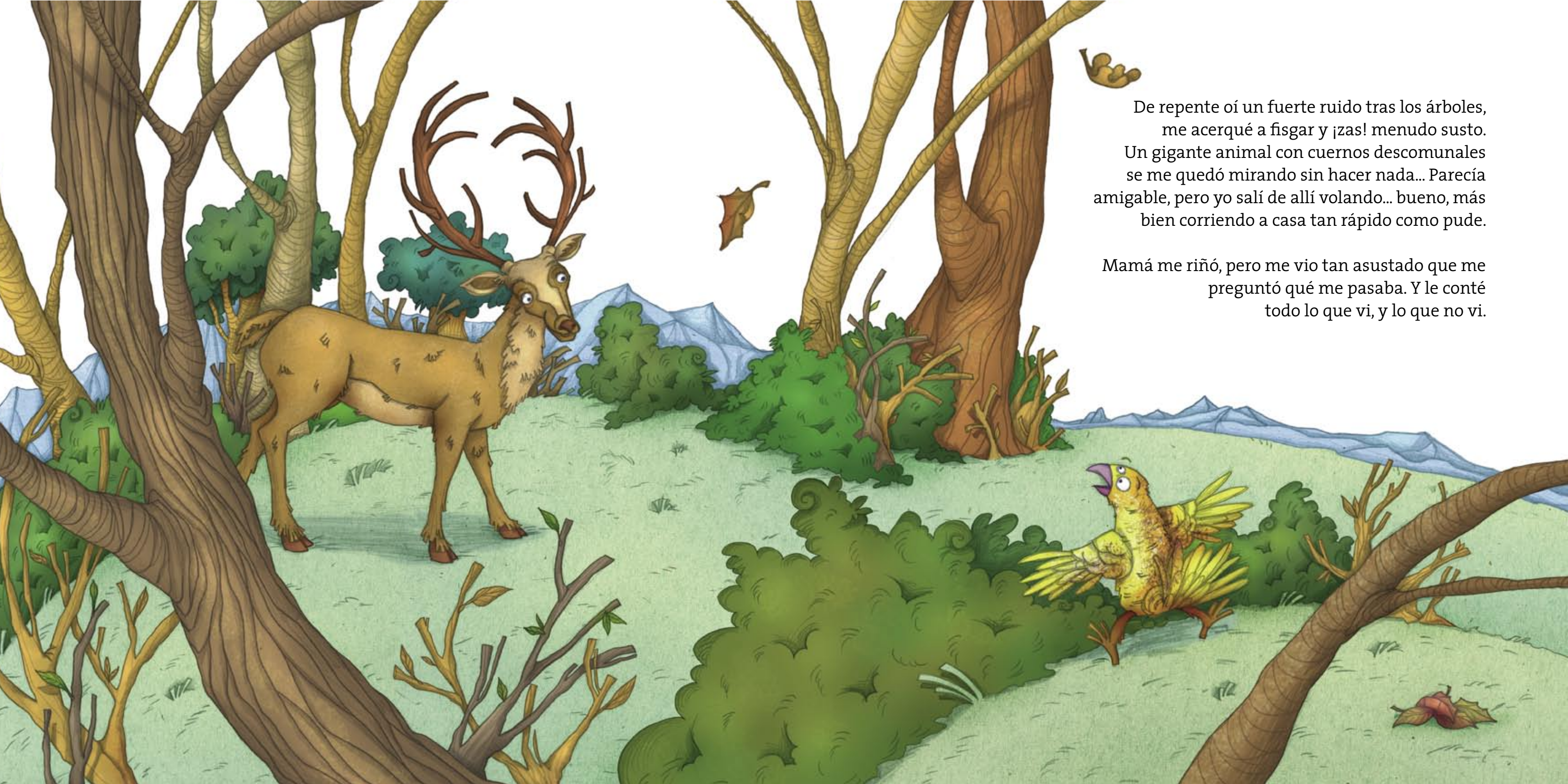
Y los acebos son muy importantes para nosotros porque siguen teniendo hojas, y nos proporcionan refugio y alimento.

Un día comencé a notar que cada vez éramos menos urogallos y que en verano mamá ya no hacía mermelada... ¿Por qué? Tenía curiosidad por saber lo que estaba pasando y me escapé sin ser visto, para encontrar pistas que pudieran ayudarme a resolver este misterio...

Después de un rato caminando vi plumas por el suelo. Demasiadas plumas... Tal vez hubiera algún grupo de pollos jugando por allí.

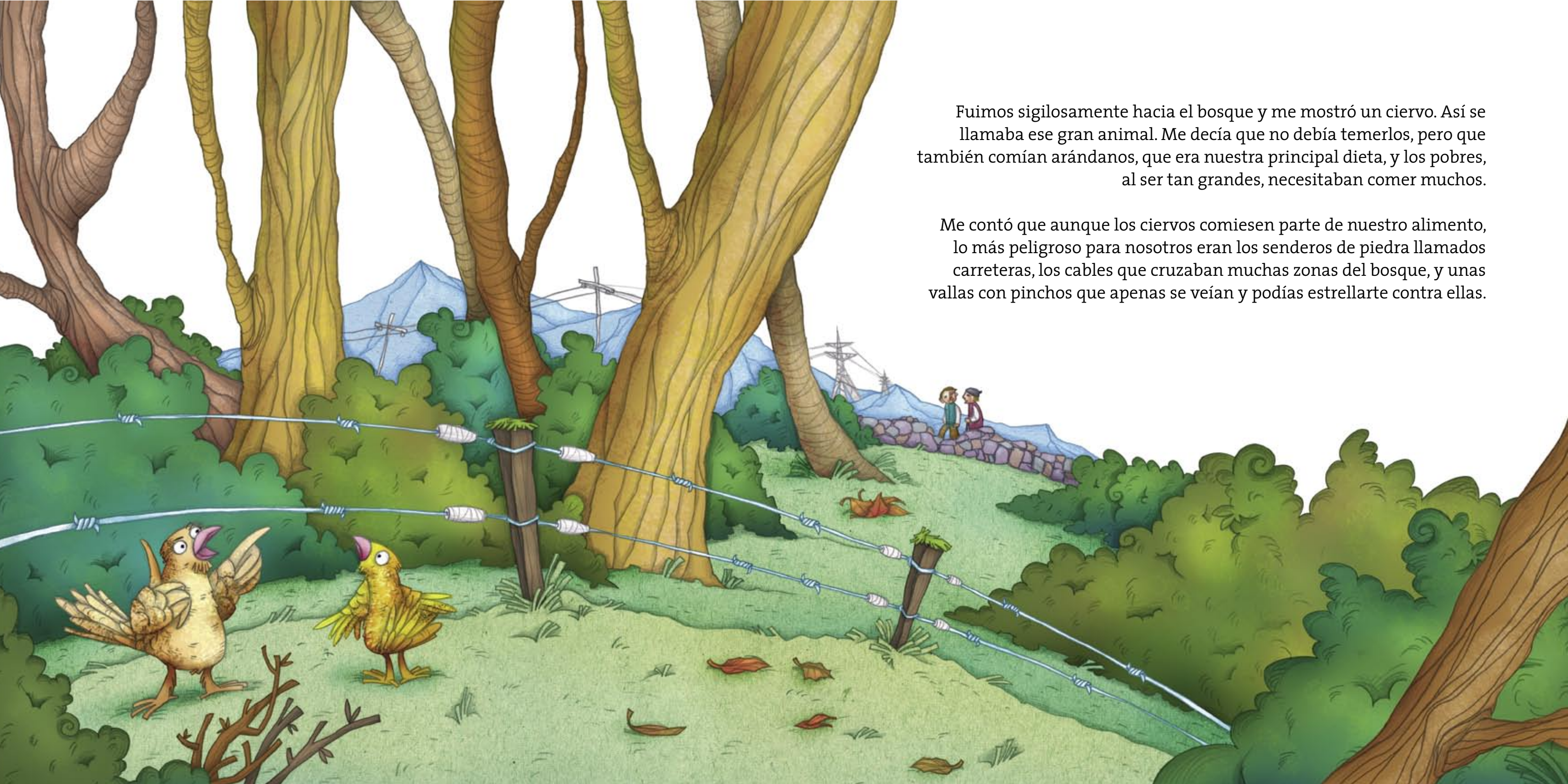
Pero no encontré a nadie, y cuando entré en el bosque en el que siempre jugábamos, vi que el color rojo y el morado de nuestros frutos favoritos habían desaparecido. ¡Apenas había un acebo y tres matas de arándanos! No me extraña que mamá ya no pudiese hacer su rica compota para todos.





De repente oí un fuerte ruido tras los árboles,
me acerqué a fisgar y ¡zas! menudo susto.
Un gigante animal con cuernos descomunales
se me quedó mirando sin hacer nada... Parecía
amigable, pero yo salí de allí volando... bueno, más
bien corriendo a casa tan rápido como pude.

Mamá me riñó, pero me vio tan asustado que me
preguntó qué me pasaba. Y le conté
todo lo que vi, y lo que no vi.



Fuimos sigilosamente hacia el bosque y me mostró un ciervo. Así se llamaba ese gran animal. Me decía que no debía temerlos, pero que también comían arándanos, que era nuestra principal dieta, y los pobres, al ser tan grandes, necesitaban comer muchos.

Me contó que aunque los ciervos comiesen parte de nuestro alimento, lo más peligroso para nosotros eran los senderos de piedra llamados carreteras, los cables que cruzaban muchas zonas del bosque, y unas vallas con pinchos que apenas se veían y podías estrellarte contra ellas.

Sin embargo me dijo que tuviera mucho, muchísimo cuidado con otros animales de largas y picudas orejas, que no se alimentaban precisamente de arándanos.

Por eso mamá llena los nidos de plumas y es tan cuidadosa mientras incuba los huevos en el suelo. ¡Ahora entiendo por que su plumaje tiene tantos colores! Es para camuflarse con la hojarasca del bosque.





Pasado un tiempo, en verano, paseábamos cuidadosamente mamá y yo cuando nos encontramos con un nuevo vecino.
¡Que alegría! Hablamos de acebo, de arándanos, de cacareos... vamos, cosas de urogallos.

Fuimos caminando y mostrándole el bosque. Al llegar a nuestro lugar de juegos y dónde mamá recogía los arándanos, vimos que volvía a haber frutas moradas, no tantas como antes pero era sorprendente... ¡mamá iba a poder hacer su deliciosa compota! ¿Pero cómo era posible? ¿Se habrían marchado los ciervos?



En este caso nuestro nuevo vecino nos contó que había visto unos extraños y altos seres que andaban con dos patas sembrando plantas de acebo y arándanos. ¡Nos estaban ayudando a alimentarnos!

Además nos dijo que esos peligrosos cables y alguna de las vallas tenían un poder misterioso llamado electricidad. Y que también esos extraños seres quitaron las que nos podían hacer daño, y señalaron otras estructuras para que siempre las viéramos durante nuestros vuelos.



Con el tiempo mamá volvió a hacer mermelada para todos, y supimos que nuestro nuevo vecino había sido criado junto a otros urogallos por los curiosos y largos seres que andaban con dos patas. Era sabio, misterioso, amable... y muy ligón, ¡ji, ji, ji!...

Más adelante llegaron otros como él. ¡Y nuestro bosque volvió a estar lleno de colores, juegos y muchas crías con las que divertirse!



URÓGALLO CANTÁBRICO  

	 Fundación Biodiversidad	 MINISTERIO DE AGRICULTURA, ALIMENTACIÓN Y MEDIO AMBIENTE	 ORGANISMO AUTÓNOMO PARQUES NACIONALES	 XUNTA DE GALICIA	 GOBIERNO de CANTABRIA
 GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS	 Junta de Castilla y León	 PATRIMONIO NATURAL de castilla y león	 CONSORCIO INTERAUTONÓMICO	 SEO/BirdLife	 Fundación IBERDROLA